

que á los mas duros los deian tan blandos, que aun brio no tienen para tenerse.

DISCURSO XII.

La buena fama, adquirida con buena fe, es hermana de los bienes espirituales y dueña perpetua de la alabanza, es maestra de la virtud, honor y dignidad, y su nombre vuela por diversas y remotas partes del mundo, pues su pregon va dando noticias de la bondad; y así, mas vale buena fama que los bienes de la fortuna, que la mas horrible llaga sana, y la mala fama mata, y la buena ha de ser ejecutando obras de caridad, no como el hipócrita, que solo adornan la portada de su vida, labrada á la malicia. Esto he dicho, amigo Onofre, prosiguió Juanillo, por los señores que tienen cuidado con los hospitales de Madrid, pues su celo lleno de caridad y su atención colmada de piedades es bastante á que no falte lo necesario en la comodidad y el regalo destas casas, habiendo en ellas tantos necesitados enfermos. Y pues hemos llegado á la casa de los pobres huérfanos desamparados, entra, y verás lo que sustenta la piedad desta puerta adentro.

Entraron dentro, y así que pasaron sus umbrales, de una puerta que entreabierta estaba, oyeron una voz tan delgada y agradable, que se conocía ser de alguno de los muchachos que allí habitan, que divertido en el afán en que estaba, cantaba, sin reparar que le escuchaban, estas décimas ajustadas á los quiebrados de su voz, sin mas instrumento que lo que con sus manos ejercitaba:

Atended, pasos, que fuistes
Sin sentido hácia la muerte,
Y en el tránsito mas fuerte,
Como á ciego me pusistes;
Si por lo frágil me asistes,
Pasos, dados vanamente,
Como de ignorante gente,
Que me dejéis solo os pido,
Que no está á todo perdido
Quien llorando se arrepiente.
Cuanto en la vida he pensado,
Cuanto ciego he pretendido,
Humo y sombra todo ha sido,
Como misero engañado;
Ya de todo lo pasado,
El tiempo perdido siento;
Si conmigo en cuentas entro,
Solo pido al corazón
Tenga de sí compasión,
Con ternezas allá dentro.
¿Quién me enseñó tantos daños,
Con tan ciegos desvarios,
Que no trate como mios,
Años tan llenos de engaños?
Pero ya los desengaños
En la frágil edad mía,
Con horrorosa porfía,
Dicen que hay pena y tormento,
Y que todo este ardimiento
Puede cesar en un día.
No aguardes, cuerpo indiscreto,
Al tiempo que los sentidos
Turbados no hallen oídos
En lo frágil del sugelo;
No quieras verte en aprieto,
Que aunque es el juez piadoso,
Es justo y es poderoso;
Y si has sido desengañado,

Puedes ser predestinado
Al infierno riguroso.
Temiendo la muerte fiera,
¿Por qué ya, corazón mio,
Pues que lágrimas te envío,
No ablandas tu dura esfera?
Mira el lance que te espera,
Que á todos convierte en hielo;
Pide con humilde celo,
Apartado del pecado,
A Dios, pues le has enojado,
Que no te niegue su cielo.
¿Quién me librará de mí,
Antes que de mí me ausente,
Si un instante es lo presente,
Y lo que se espera así?
Sujeto á penas me vi,
Por haberos ofendido,
Y así, triste y abatido,
Gran Dios, os pido postrado
Que no sea desechado
Por haber sido perdido.
Nunca léjos de temeros
Me vi en mi vida, Señor,
Que como á Dios y hacedor,
Temblaba para ofenderos;
Siempre impulsos de quereros
Tuve en mi edad peregrina,
Mirando esa cruz divina,
Norte de luz celestial,
Que el haber sido yo (tal
Cual soy) ya me desatina.
Deten, vida, la carrera
Desbocada, que te pierdes,
Que ya pasaron las verdes
Flores de tu primavera;
En la jornada postrera,
Contempla tu lozanía;
Pues ya se oscurece el día
Mas hermoso de tu edad;
Mira que no hay mas verdad
Que el ser de ceniza fría.
Cuando contemplo mi estado,
Cual cristiano discursivo,
Solo me espanta que vivo,
Habiendo tanto pecado;
Y pues á tiempo he llegado,
Pretendo de hoy mas estar
Tan otro, que pueda dar
Avisos de arrepentido
Quien tan sin rienda ha vivido,
Pudiéndose condenar.

Atajó la voz al muchacho un hombre, que llamándole mandó que acudiese al otro ejercicio, quedando Onofre y Juanillo tristes con su ausencia, por haberle escuchado con gusto, y habiendo hecho reparo el hombre en la suspensión de los dos amigos, volviendo á ellos, los dijo creyesen que cuanto cantaba componía, siendo parte su entendimiento para que con mucho cuidado se le diese estudio. Fuése con esto, y Onofre absorto no cesaba de dar gracias á Dios, contemplando en tan verde edad avisos tan maduros. A quien Juanillo dijo así: En esta casa se recogen los muchachos huérfanos, y se enseñan, dando á cada uno el oficio á que se inclina, habiendo dentro de casa algunos maestros de diferentes artes, y maestro para leer y escribir; y algunos á quien Dios da buena voz, como á este, los acomodan donde la ejerzan, y otros en otras partes, de donde vienen á valer, que aunque la fortuna los arrojó pobres, la caridad los recoge y cria. Aquí verás venir muchas mujeres pobres preñadas, que no tienen en qué recoger lo que esperan parir, y la caridad las tiene en esta casa cama y regalo, hasta que convalezcan del parto, y se

llevan lo que paren; y si la tal parida es tan pobre que no tiene quien apadrine lo que nació de sus entrañas, para lavarle la culpa original, aquí tienen cuidado de hacerlo; y si acaso, por ser engendrados entre las sombras del letargo mortal, los dejan, cuidan en esta casa de remitirlos á la de San José, donde se crían un sin número de criaturas, así las que de aquí van como las que echan en la misma casa, donde verás un aposento lleno de zapatos y medias, piezas de lienzo, cordellates y frisas, todo para el vestuario de los niños, teniendo dentro amas, para que vayan criando, en el inter que los remiten fuera dando un tanto cada mes y la ropa que han menester hasta que tienen edad para remitirlos á otras casas como esta, donde asiste la misericordia. Demás desto, se recogen pobres á dormir cuidando de su abrigo, con que granjea el nombre de amparo de huérfanos. Y pues has oído lo mas notable, vamos al Hospital General, pues ya la tarde va negando las luces al día. A su lonja llegaron á tiempo que de la iglesia vieron salir un entierro que se enderezaba á su campo santo, á quien acompañaron, notando otra caridad harto grande, granjeada del cuidado que tiene mucha gente deste lugar en enterrar, con la decencia posible, á los pobres que mueren en este hospital, y decirles misas, todo adquirido de limosnas que su santo celo recoge. Absorto estaba Onofre habiendo entrado dentro y viendo tantas salas, todas llenas de enfermos, y deteniéndose á la puerta de una, que su rótulo decía ser de incurables, oyó una lastimosa voz que se quejaba de su afán, con estas razones:

¡Ay miserable de mí, pecador, qué triste fué la hora en que nací, pues jamás he visto la cara al contento, ni he salido en toda mi vida de pesares, nacidos de llagas y dolores! ¿Cuándo ¡oh gran Dios! me sacarás de tantas aflicciones y desasosiegos, pues para mí no hay descanso viviendo, que solo la muerte me alienta en nombrarla, y el ver que tarda basta para renovar mis dolores? ¿Para qué es vida tan larga, llena de trabajos?

Con cuidado miró Onofre al que se lamentaba con tanta ansia, y vió era un hombre mozo que en una cama incorporado yacía; y atendiendo á lo continuo de sus quejas, oyó que proseguía así: Vida con tantos trabajos no es vida, pena es, y su fin el espirar; mis pecados son causa de mis dolores, y mis dolores causa de mi llanto, y el llanto se alienta de no poderme menear de un lado. ¡Oh lo que pesa el pecado, pues da con el miserable cuerpo en el bajío del mundo! Como en pecado fui concebido, nunca supe salir de pecado, ¡ay pecador de mí! Acabó sus quejas con sobrada copia de lágrimas á tiempo que Onofre, como elevado, decía entre sí: ¡Oh miserable vida humana! la mas descansada y regalada, que no eres mas de una flor producida de la tierra, que apenas abre su boton, cuando se sujeta á ser ultrajada, abatida y pisada, y los propios pañales están formando la mortaja. Aquí llegaba contemplando la miseria del humano poder, cuando acompañada de dos ancianos varones y dos pajes, entró una mujer, cuyo traje era de viuda, aunque pocos años, á visitar los

enfermos desta sala, despues de haber hecho lo mismo en las otras, y dispuesta á besar el suelo, arrodillada, se llegó á la primer cama, consolando al enfermo, y dejándole un papel de bizcochos y otro de pasas, igualó deste modo á todos los enfermos de la sala, animándolos con piadoso agrado.

Preguntó Onofre á su amigo quién era aquella señora, á quien Juanillo respondió: Un ángel, que gasta su hacienda en estas obras, y no es sola esta, que cada semana verás que viene un criado suyo con un azafate de hilas y paños, para que curen las llagas á los pobres; y esto hace en los mas hospitales de Madrid. Bien has hecho, dijo Onofre, en dar nombre de ángel á quien gasta el rato ocioso en hacer hilas para curar las llagas de los pobres, pues haciéndolo es fuerza acordarse de la miseria humana y reparar á lo que nace sujeto el cuerpo mortal. Pues cree, prosiguió Juanillo, que hay destas señoras muchas en este lugar, y en particular la mejor de todas, aquella que pone el hombro para ayudar á llevar el gran peso de la corona al mayor monarca del mundo, que tambien emplea muchos ratos en este ejercicio, acompañada de las hermosas estrellas que la asisten, á quien da ejemplo. Rompió el hilo á su conservacion un hombre, que tocando con un palo en un cascabel, que atado traía en una montera hecha de frisa de dos colores, y aporreándole á compás de su voz, cantaba y se paseaba, todo á un tiempo, sin reparar en nadie, así:

Quien para penas nace, Solo á morir despierta; Que no es vida segura La que descansa muerta. Nace el hombre en el suelo, Sujeto á las miserias, Y aun contra el la noche Suele armarse de estrellas. Sale con el pecado, De que fué causa Eva; No es nuevo en las mujeres El prevenir tragedias. Yo triste, que entre todos Quiero cantar mis penas, Pues sus males espanta Quien canta en las tormentas, Pobre nací en un día Falto de luces bellas; Y al verte triste, dije: Mi noche será cierta. Sentí desde aquel punto Trabajos que me aprietan, Que anticipado aliento A ello dió licencia. El campo trocá á lutos Su mas hermosa yerba, Que á quien verdoros sigue, El mundo le desprecia. Los arroyos y fuentes De verme se recelan, Y por mirarse ausentes Huyendo se despeñan. Vivi con inquietudes, Que una hermosura honesta Fué causa de mis males, Pues por ella me cercan.	Era un ángel humano; Harto he dicho, si es cierta La humanidad estar A la muerte sujeta. Pagomé mil desvelos, Pero con tal prudencia, Que solo fuera tuya, Me dijo, si pudiera. Mi corazón se angustia Porque ya la sospecha, Por abrasarme en celos, Se apoderó en mas fuerzas. Mirábame gustosa, Pero no es cosa nueva Que la hermosura mire Con ojos de belleza. Atrevime á sus padres, ¡Oh nunca yo lo hiciera! Pues solo un imposible Oí, que heló mis venas. Voto de religiosa Desde la edad muy tierna Me dicen tiene hecho, Y que cumplirle espera. Adios, gustos del mundo, Dije oyendo estas nuevas, Que mas quiero la muerte, Que no vivir sin verla. Al campo sali huyendo, De donde casi á fuerza Los mios me trajeron Atado como á fiera. Diciendo que estoy loco, Que locura tan cuerda Es estarlo un amante Que ha perdido tal prenda.
-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

Lo agradable de la voz, mas que lo humilde del verso, tenia suspensos á los dos amigos, cuando vieron que un mozo platicante del hospital venia en busca del que

había cantado, que amenazándole con un látigo que en la mano traía, le hizo obedecer, llevándole consigo. ¿Qué es esto, amigo Juan? dijo Onofre; que no acabo de admirarme de tantas novedades como á la vista se ofrecen; ¿qué hombre es este que se queja cantando, y por eso le amenazan con el castigo? Sigüeme, respondió Juanillo, y verás los locos desta casa, que este que ha cantado es uno, y aquel que le gobierna es el que tiene cuidado con ellos, y á quien tienen miedo. Fueron juntos, y á breve espacio dieron en un patio, donde algunos estaban entretenidos en un juego de argolla; y reparando Juanillo en uno que se andaba paseando, los ojos bajos, y las manos cruzadas, mirando donde estampa la huella á cada movimiento que hacia, conoció ser el que había cantado, y llamando á Onofre, le dijo reparase en él; no fué el sosiego que en llamarle tuvo tanto que el loco no lo oyese, y acercándose á Onofre, con mucha atención le empezó á mirar de arriba abajo, y luego le preguntó: ¿Eres cautivo? A quien Onofre respondió: No, pero ¿por qué lo preguntas? ¿Por qué si no lo eres, para qué lo pareces? Y si ya estás redimido y en tierra de cristianos, deja ese alquicel, y dámele á mí, pues yo sí que estoy cautivo y mas sujeto que tu habrás estado, pues con obedecer á tu amo cumplirías, y yo he menester seguir el gusto de cuantos platicantes hay en esta casa, sin ser mi amo ninguno. Diciendo esto, volvió á pasearse, cantando á compás de sus pasos así:

Aquel pajarillo
Que está en la prision
Todas sus endechas
Nacieron de amor.
Que triste se peina
Al rayo del sol,
Llorando su estrella,
Tan hecha al rigor.
A ratos se alegra:
Propio del dolor
Dilatar la pena,
Por darla mayor.
Y si la memoria
Le acuerda un favor,
Al punto le olvida
Su mucho temor.
Sosegado está
Con la suspension,
Que es de la memoria
El mayor blason.
Pero el mal pasado
Memorias dejó
En pluma ultrajada
Y en triste color.
De la libertad
Se olvidaba, y vió
La muerte en los celos
Que ausencia labró.
Triste se lamenta
Del que le prendió;

Pues le quitó el gusto
Mas casto y mejor.
Pero ya alentando,
Su pena olvidó;
Pues alegre entona
Su agradable voz.
Sacudió las alas,
Y el pico aguzó,
Que aun no se ha olvidado
De lo que es valor.
Y con su armonia
A questo cantó,
Por dar gusto á quien
Sus quejas oyó.
Libertad preciosa,
Cuando en ti se vió
El que te ha perdido,
Poco te estimó.
Con ansia te busca
El que te perdió;
Pues si ausente vives,
Verte deseo.
Así lamentaba,
Y abierta notó
La puerta en la jaula,
De donde escapó.
Mas ay de mi triste,
Que sujeto estov!
Y la angustia y pena
Mis brios cortó.

Apenas hubo acabado, cuando con un palo que en la mano tenia, jugándole consigo á compás de esgrimidor, empezó á decir: Plaza á la vianda licita, turbados sentidos, y sacando un pedazo de pan, mas negro que blanco, prosiguió diciendo: Retiraos, ojos licenciosos, dejad de mirar ahora, pues por haber mirado estais tan otros de lo que un tiempo fuisteis. Engañados oídos, cerraos á mis mismas quejas, pues las doy sin tiempo.

Ea, olfato, que el demasiado vicio que ya pasó os ha castigado. Hoye, gusto, que cosa que siempre fué mala, ¿para qué la quiero? Tacto, si te parece duro el pan, pierde tu ser, y él será blando y bueno, que hay necesidad, y donde habita, todo sabe bien. Potentados del alma; plaza digo: memoria, no me acuerdes de cosas pasadas; y aunque sea tu lugar el primero, véncete á la voluntad de un loco, que aunque para sí no tenga juicio, nunca le falta para dar consejo. Con mucho cuidado atendieron á sus razones Onofre y Juanillo á tiempo que con el mismo deseo escuchaban otras personas, que la ocasion que á ellos les habia llevado, entre los cuales uno de contramangas almidonadas y grandes vueltas de puntas, á quien se acercó el loco, despues de haber dado fin al mendrugo, y tentándole los brazos, le dijo: ¡Jesus, qué blancas contramangas que traes! Yo apostaré que cuidas mas dellas que de la camisa, porque la camisa no se ve tanto; muchas vueltas tienes; malo eres para amigo. ¿Por qué? le preguntó el tal hombre. Y el loco respondió: Porque andas al uso, y quien al uso anda, anda torcido; quitate á un lado, que harto loco me soy yo. ¿Pues qué has visto en mí, replicó el compuesto, que así me tratas? Mucho, dijo el loco, pues he reparado que no es tuyo el cabello que te adorna; pero si lo traes por acordarte que has de morir, bien haces, pues te acompañan cabellos de un difunto, ó fueron de quien la enfermedad se los quitó, por quitarle el engaño que con ellos traía; pero si por el parecer no mas te los pones, mas loco eres que yo, pues es muy cierto que hombre de buen juicio no ha menester mas adorno que su claro sentido. Apartate, vuelvo á decir, que á quien tanto cuida de la hermosura, cerca está el demonio de vencerle, como á la primera mujer, pues la venció ofreciéndola las cosas mas estimadas en el mundo, como son hermosura y sabiduría, y que nunca llegaria á vieja; tampoco tú llegarás á tener canas que se vean, pues las tapas con ajenos adornos. Mal consentido es que quieras ir contra la voluntad de Dios, y que procures enmendar la mejor obra de sus santísimas manos. Con mas deseos de oírle atendian todos á sus razones, cuando vieron que con un carbon estaba escribiendo en la pared, y que habiendo acabado, notaron que lo que habia escrito decia así:

No quieras enmendar la tabla al cielo,
Que al fin serás cadáver, todo hielo.

Colores hizo salir en el rostro del de la cabellera, y Onofre, siguiendo su humor, le preguntó que por qué el demonio, siendo tan astuto y sabio, se atrevió á ir á engañar á la primera mujer en forma de culebra, y no se valió de otra mas conveniente. A que el loco respondió: Harto lo sintió el primer volatin; pero como el Todopoderoso era entonces, ahora y siempre el que gobierna y manda, no se lo consintió, y porque tú que preguntas das muestras de no saber, escucha.

No hay cosa que mas sientan las mujeres que es el que las digan que son feasó que tienen muchos años; y

así, el demonio, especulando desvelado, la ofreció para vencerla: yo te daré hermosura, con que atraerás á tí los albedrios como iman. Miránte todos, y de todos serás querida; tendrás sabiduría en las palabras, con que adquirirás; no llegarás á la senectud. Grande ofrecer fué á una mujer, que lo que mas siente es imaginar: Si llevo á vieja, seré desechada de todos, y seré excluida de los adornos que da la naturaleza. Mucho le costó al demonio el ensayarse en estos ofrecimientos, para hacer entrar el pecado por los puertos del mundo; y tan establecido quedó el tomar las mujeres de mano del demonio cuanto las ofrece dar, que hoy está mas en su punto que ha estado jamás; pero nunca pudo salir de culebra, que él harto trabajó para tomar forma de hombre; pero como esta forma era tan agradable á Dios, y tenía deseos de tomarla, para habitar entre nosotros, no quiso que la estrenase nadie antes de él, como sumo bien, pues habiendo Dios formado al hombre á su imagen y semejanza, ¿cómo habia de consentir que el demonio tomase la forma del hombre? Solo se lo concedió á Gabriel, cuando le hizo embajador de la santísima Trinidad, á la mas hermosa, santa y pura criatura; entonces le dió la forma mejor que pudo dar Dios, pues dió la suya misma; y pues en Dios están todas las gracias, todo el poder y todo el querer, siendo sumo bien, sin fin ni principio, y que todo lo que en su divino ser se halla no puede ser mejor de lo que es, vuelvo á repetir que le dió á Gabriel la mejor forma que pudo dar, pues dió la suya misma; pero claro está que á la mejor criatura habia de venir el mejor parainfo del cielo en la forma mejor; pues Gabriel, mirado á buena luz, quiere decir hombre y Dios; y así, como tan parecido, le fió Dios su mismo retrato, para que le llevase á su esposa, y en premio esperase un fiat. Y se puede creer que el engañador, cuando fué en busca de Eva, iba medroso y temblando, mirándose en tal forma, y decia entre sí: A una mujer que huye de un varon y alborota todo un barrio espantada, ¿qué alborotará y espantará una sierpe? Pero aquí de mi saber, yo la daré con la golosina á la primer vista, y asegundaré con la promesa, con que el interés me hará hermoso; y aunque me vea demonio endemoniado, que es peor que malo, no se ha de espantar de mí, ofreciéndola alhajas tan certísimas de su gusto. ¡Ah ceguedad de todos los nacidos! pues ajenos de la verdad, no reparamos en que los bienes deste mundo es humo entre dos vientos; la vida es viento que le entretiene, y en llegando el viento de la muerte, le desaparece. Acabó el loco con un: ¡Ay de mí, que no sé! A quien Onofre preguntó que por qué acababa todas sus razones con una mesma, diciendo ¡ay de mí, que no sé! y que por su vida le sacase de la duda. ¿Duda tienes? dijo el loco; no es nuevo en el hombre, pues la tiene de que puede quedarse muerto desprevénidamente en su mas lozana salud, sin reparar que el primer lugar que le dan cuando nace es una cuna, que á media vuelta que la dén queda en forma de tumba; licion que dice: Desde hoy empezas á morir, y así atiende á esta redondilla. Y tomando otro carbon, sen-

tó en la pared, así admirándose todos de que el juicio ya vivia entre los locos, pues ellos le tenían:

En tu sana juventud,
Si haces pruebas, sea una
Dar media vuelta á la cuna,
Y la verás ataud.

Volvió á Onofre, diciéndole: A tu duda respondo. Quitóme Dios el juicio, hálleme sin fuerzas para volver en mí; no sé el estado en que me cogió, y cuándo he de morir no sé. Aquí llegaba, cuando un mozo tambien orate se llegó á él diciendo: Famoso ha sido el sermon, señor canónigo. No ha sido malo, señor platicante de doctor, respondió el loco, pero conmigo ya sabe que no se ha de burlar, porque es dos veces loco hombre que no respeta á los mayores y á los que le han hecho bien, como ayer se vió, perdiendo el respeto á quien le habia criado; y quien tiene acciones tan feas, no se cuente por hombre; y para que escarmiente, pues el loco por la pena es cuerdo, tome esos catorce palos que le doy, y tocando en el cascabel, cantó así:

El que de pobres padres fué nacido,
Y en estado humilde fué criado,
No se olvide jamás de su dechado,
Aunque en fortuna esté favorecido.
Tenga siempre en memoria lo que ha sido,
No despreciando aquel que el ser le ha dado,
Que obedecerle y darle el mejor lado
Es conocer el bien que ha recibido.
Que extraño á la razon está el que, siendo
Humilde, no conoce que es pequeño,
Pues ama la mentira y el engaño.
Desde el punto que nace va muriendo,
Sin pagarle la vida á Dios, que es dueño,
Y le libró de todo mal y daño.

Así que acabó de cantar, empezó á pasearse muy apriesa, diciendo: Qué cosa tan cierta es el pensar aquel que anda entre desdichas, ó nació con ellas, el ser comun hacienda de todos; y qué fuera de la razon imagina, pues juzga por sí á todos los demás, como si yo dijera: Loco soy, todos serán. ¡Ah del mundo! decia con grandes voces. A quien imitando otro con muchas mas, respondió: ¿Quién llama? Acercándose al conclave de la gente, y reparando en él el del cascabel, le dijo: ¿Cómo respondes tú por el mundo? Porque si, replicó el loco, acaso se diferencia de mí el mundo presente en algo, aun mas loco es que yo; y así, antes le doy que le quito; solo me aventaja el traer en sus trajes muchas agujetas, y yo no tener una para atacarme. Pues ya que has respondido por el mundo, dijo el del cascabel, atiende á mis razones, y respóndeme á ellas.

¿Por qué se huelga el hombre de anadir á quien no tiene por enemigo? Ordinariamente, respondió el loco, quien tal hace es hombre de muy baja esfera, y porque le tengan en algo, procura avasallar á los que trata; con que para sí le parece que hace algo, y para los que le conocen no hace nada. Bien respondes, mundo loco, dijo el del cascabel, y ¿por qué no tiene el hombre ánimo compasivo de la miseria ajena? ¿Eso preguntas, dijo el loco, sabiendo el mundo cuál es? Cree que no trata el hombre de ayudar á su prójimo en mas de en viéndole tropezar, ayudarle á caer, y que la

voz vuelve diciendo: Fulano ha caído, ya no se levantará mas. Bien dices, dijo el del cascabel, y ¿por qué engaña el hombre á quien dél se fia? Porque conozca el mundo, respondió el loco, la profunda hajeza de su espíritu. Pues yo me vengaré de todos, dijo el del cascabel, como señor de la bienaventuranza del siglo, solo con un instrumento. Tú, señor de la bienaventuranza, replicó el loco, ¿de qué suerte? En que hablo con salvo-conduto, prosiguió el del cascabel; sin piedra ni palo me vengo, aunque escuchen mis razones como de loco; que eso me acredita en las verdades. Habíanse llegado al ruido de los locos dos muchachos, á quien el del cascabel dijo: Idos de ahí, hijos del vencejo, que á vuestro padre le levantaron del suelo para que haya volado hasta un coche; miren que brincó desde un prado de malvas, donde apacentaba ganado, como el hijo pródigo; pero no me espanta que el mundo como bola rueda. Apenas dijo esta razon, cuando el loco que habia hablado por el mundo empezó á dar muchas vueltas en el suelo, diciendo: Rueda, si es bola, á tiempo que el platicante del látigo, viendo la demasia, los encerró, con que se acabó la fiesta, y el día iba haciendo lo mismo, y Juanillo y Onofre, admirados y gustosos, se fueron ausentando del hospital como los demás.

DISCURSO XIII.

El animal mas contrario al hombre que crió la naturaleza, es el mismo que le dió por compañía, con quien ha de vivir y con quien ha de tratar, la mujer en fin, pues muchas dan fin con el hombre. ¡Quién supiera pintar todo su ser, pues apenas es cuando deja de ser! Triste de aquel que la que le cupo en la suerte del mundo es de metalino gusto! ¡Qué triste vida tendrá, siya no es muerte vida tan llena de desdichas! Dichoso el que la topó Porcia honesta y virtuosa; esta es la mayor dicha del siglo, pues no la iguala cuantos bienes tiene; ¡y cuántos tienen esta dicha propia y segura, y no la conocen ni estiman! ¡Qué mal hacen! Qué vida como los casados, que su voluntad se parece á las ruedas del carro! Y ¡qué muerte como la que se parece á las ruedas de la noria! Si la voluntad de unos casados es una, como la de las ruedas del carro, que si la una anda, hace la otra lo mismo, y si para, la otra la obedece, si ceja, tambien la sigue; esta es vida conforme, pues la voluntad del uno es la del otro, de ordinario están unos con la de Dios; si no hay que comer, se consuelan, como es uno el querer de los dos; si rotos, están alegres, y con pan y cebolla gustosos; y si lo hay sobrado, gustosos, alegres y consolados. ¡Qué muerte como la vida de los casados que se parecen en la condicion á las ruedas de la noria, que si la una anda por un lado, la otra anda por otro; la una sigue un movimiento, la otra el contrario; cuando la una para, la otra aun no ha dejado de andar, y para que la una ande, la otra ha de hacer fuerza! Este no es vivir; muerte es, condenada á eternidades. No hay gusto jamás entre tal gente; si el uno dice cestas, el otro responde rábanos;

si estrellas, el otro estopás; si paz, el otro guerra; y aunque haya sobrado lo necesario, como no hay paz, gusto ni sosiego, ni luce ni parece, y siempre reina la ira, la maldicion, el juramento, el rencor, el odio, la venganza, la murmuracion y la libertad en la conciencia, y el demonio como gobernador; y si en esta casa falta el sustento, como falta la paz y la prudencia, él procura medios viles, y ella viles medios, siempre cada uno para sí. Pues si por suerte no es matrimonio, ¡qué vida tan mala! Que no puede ser buena la vida que se alienta de pecados. Cuando la pretende, si tan presto no la alcanza como quiere, se aburre, cansa y envejece, pierde el sosiego, la quietud y la paciencia. Si la alcanza, á pocos dias se halla mas embarazado que el que trae espada y daga, ferreruero y golilla, sin haberse puesto jamás golilla, ferreruero, daga ni espada; si la sustenta, gasta su hacienda y la ajena, tal vez adquirida con medios infames; si la quiere dejar, lo persigue, y da celos por ver si obran en él, célele los pasos, y suele ponerle en estado que se pierda, que es la última venganza deste enemigo. Si la quiere, ella lo conoce, obrando con rostro desgraciado, siempre melindrosa y siempre pediguña; todo la enfada, y nada la contenta, hasta que le deja sin cama en el hospital en la sala de incurables. Y así, atencion, barbiponientes de hogaño, que si teneishacienda, teneis flaqueza, y se arma contra vosotros un demonio con dos caras: una que pinta por sus manos, y otra que la verás cuando se levanta. Y aunque te parezca que se lleva los ojos que la miran, no se lleva sino es el hacienda de los que la creen, sin perdonar la salud; y por eso uno, que antes de caer de todo punto apartado destes tropezones vivientes, donde el hombre se quiebra los ojos, pierde la hacienda y pone á riesgo el alma, dijo así:

¡Oh qué triste juventud
Es la del que sin medida
Pasa la flor de su vida
Gastando hacienda y salud!
¡Qué llorosa senectud
Tendrá, si á tiempo no advierte
Que hay rigor y hay dura suerte,
Que su vida se deshace,
Y desde el punto que nace
Está esperando la muerte!

Y aunque te parezca que te deja el corazon lleno de alegres deseos, te engaña, que solo pretende el quitarte; y si atiendes en el artificioso descuido del taparse, no es descuido, sino aviso de que es traidor, y procura tu mal; y así, encubre el rostro, lo uno porque no la vea quien ya la conoce y sus infamias, y á los que no la conocen, para que deseen verla. En fin, toda la mujer es presagios tristes, anunciadores de desdichas, y para que veas y sepas lo que encierra en si las cinco letras de su nombre, lee:

Muerte dice la primera
Letra de su infausto nombre,
Y porque mas nos asombre,
Vicio la segunda encierra;
La tercera dice guerra,
Cuarta y quinta espada y rayo.

¡A quién no causa desmayo,
Si es que lo quiere entender,
Ver que toda la mujer
Es de la muerte un ensayo!

A la puerta de una casa nada grande llegaban Juanillo y Onofre, despues de ausentes del hospital, á tiempo que las voces que una mujer daba, riñendo con un hombre, los hizo detener disimuladamente; la mujer decia habia de ir á cuantas fiestas hubiese en Madrid, y se habia de bolgar mientras viviese, y que no estaba con él para ser su esclava, y creyese no se habia de dejar ultrajar, que tan buena era como él, y pues ya la conocia la condicion y el humor, se le siguiese, si queria paz en su casa. Mal dice esta mujer, dijo Onofre, que primero es el hombre, que ella su esclava es; pues para señal de que sale sujeta al hombre, así que nace la taldran las orejas, donde la ponen un eslabon de cadena, señal de esclavitud; y caso que niegue esto, no negará lo que dice la Iglesia, que se avenga con su esposo, como ella se aviene con Cristo. Grandes voces daba la mujer, y el hombre con voz baja la procuraba reportar; pero en ella poco herian sus razones, hasta que enfadado, la sacudió el polvo por demasiado. Enfurecióse la tigre con tal coraje, que fué causa de alborotar la vecindad; llegó alguna gente, y entre ella un alguacil, desenroscando una vara de junco, con el tono de: Tén-ganse á la justicia, ¿qué voces son estas? La mujer, que vió al alguacil, levantó el grito con palabras injuriosas, diciendo: Ladron, infame, holgazan, mal nacido, que me has muerto; esto merezco yo por haberte quitado muchos piojos que trujiste á mi poder. Y volviéndose al alguacil, le dijo: Vuestra merced le lleve á la cárcel, que es un ladron, y yo se lo probaré, que no es mi marido. El ministro, que tal oyó, asentando con un escribano que llegó, sacando las escribanias de la pretina, embargaron los pocos trastos que habia, dando con hombre y mujer en la cárcel.

Seguirlos quisieron los dos amigos, pero el ruido que una mujer hacia con una criatura los detuvo, diciendo entre lágrimas y gozo: Querido de mis ojos, ¿qué has hecho sin tu madre? ¿Dónde has estado, bien mio? ¿Qué ausencia ha sido esta de quien te parió y te quiere? Qué fiero te ha detenido, que así te ha parado? Pero no era fiero, pues te dejó la vida. Con brevedad juntaron sus tiernas ansias mucha gente, y preguntada la causa, respondió que se habia perdido aquel hijo desde por la mañana, y le hallaba desnudo, habiéndole quitado cuanto llevaba puesto, hasta los zapatos. A cada palabra que la mujer decia, el niño lloraba, y ella aumentaba el amor, dándole besos y abrazos, y envuelto en su manto, vertiendo lágrimas de contento, se fué. ¡Cuánto debemos los hijos á los padres! dijo Onofre; pero admirado estoy que haya quiense atreva á una inocente criatura, desnudándola, hasta dejarla como á esta que hemos visto. No te espantes, respondió Juanillo, que en Madrid suceden muy de ordinario estos despojos por manos de algunas aves que anidan en este lugar, que viendo una criatura bien vestida, procuran

cogerla sola, y engañándola con cuatro confites, la meten en un portal, dejándola como á esta que viste; y aunque suelen caer en la tentacion de la justicia, y por sus buenas obras las palmotean, no por eso falta quien ejerza sus habilidades. Pero volviendo á las ternezas de la buena mujer, ¡qué contento recibiria cuando halló á su hijo, pues fué causa el gozo de verter lágrimas! Pero no me espanta, que el bruto gime si halla menos en la cueva al hijuelo que dejó; y el perro ladra ó llora si le quitan el cachorro, y el pájaro se entristece si pierde la cria. Y si perdida la hallan, el bruto se estriega al hijuelo y le lame, y el pájaro, tendidas las alas, no se barta de dar vueltas de contento. ¡Qué nombre tan tierno! dijo Onofre. Inspiró naturaleza en el de madre tanta ternura, con pródiga liberalidad, que en nombrarla solo despierta amor y respeto. ¿Qué bruto indómito de bárbara nacion, el mas habituado á inhumanas costumbres, no confiesa el rendirle parias de afecto á tan amable nombre? Qué fiero hay que con amoroso dictamen no descubre el ser parcial de su madre? Solo á la víbora se le concede esta crueldad, por ser venenoso aborto de la misma fiereza, pues en naciendo, acarrear la muerte á las entrañas que la avivaron: extraña sabandija á todo lo criado, pues las piedras anhelan por volver al centro que las produjo, y los arroyos atraviesan montes de dificultades por juntarse con el mar, á quien tienen por madre; y el fuego exhala deseos, por volver á su soberano asiento, aguzando centellas á lo lejos, para enamorar á su amada esfera. Solo el mal hijo imita á la víbora ó al rayo, que para nacer hace reventar á la nube que le congeló, sin corresponder con la mayor obligacion. ¡Qué cosa tan aborrecida es á los ojos de Dios la ingratitud al beneficio maternal! Y así aconsejan los doctos que en la tierna edad, cuando trabaja la enseñanza, se tenga cuidado con habilitar los hijos á tener vergüenza, pues con ella se adquieren las demás virtudes, que la vergüenza es el reprimir el corazon, para que el espíritu huya de todo aquello que es bajeza; y así, es un temor noble, y el que le tiene procura no caer en falta con los superiores á él; y el no hallarse vergüenza en todos es que no todos tienen los ojos claros para seguir lo que les está bien, huyendo de lo malo, sin ceguedad ni pasion. Un sabio dijo que la vergüenza era encubridora de muchas faltas, y dijo bien, en fin, como sabio, pues no hay vestido que mas tape la desnudez de nuestros descuidos; y así, yo diré á quien carece deste bien: Si no tienes vergüenza, haz lo que quisieres, que todo será malo, y el vergonzoso sabe agradecer el bien que ha recibido, respetando á los mayores, siendo humilde á quien le ha criado, estimando á quien debe el ser y cumpliendo con esta deuda como discreto; cierto es el estar pronto para agradecer y estimar la vida á cuya es.

A la oracion tocaban las campanas, á cuyos golpes se detuvieron Juanillo y Onofre, haciendo lo mismo cuantos la oyeron, cuando reparando Onofre en dos hombres que juntos iban, oyó que el uno dijo al otro: Vamos, no os pareis, que yo apelo á mi parroquia, que este sacristan, segun se adelanta, debe de tener que